

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PROFESOR DECANO DE
LA FACULTAD DE MEDICINA, JORGE E. CAVELIER EN EL
ENTIERRO DEL DOCTOR LUIS CUERVO MARQUEZ

La tierra, ávida de valores espirituales, de hombres insignes, ha reclamado en un momento trágico la noble contextura humana de Luis Cuervo Márquez, varón preclaro, cuya ilustre vida se halla íntimamente unida a la vida colombiana.

Esta cara ciudad que fué su cuna, se ha estremecido al golpe del dolor ante la infausta nueva de su muerte, que llegó súbita, en artera acechanza, truncando una vida vigorosa, plena en frutos no obstante sus 80 años de existencia. Por supremos designios del Altísimo, quiso el destino que Luis Cuervo Márquez que ayer no más convivía entre nosotros, fuerte y vigoroso, terminara su existencia en un momento trágico, huyendo de la vida entre las aguas tumultuosas de un río que guardó su último suspiro y grabó en sus pupilas la última visión terrena. No tuvo el preludio de larga espera en lecho de enfermo, ni agonías espectantes. Como árbol frondoso de la selva, cayó súbitamente, conmoviendo las fibras sensibles de la patria, llevando el luto al hogar de sus familiares, el dolor al corazón de sus innúmeros amigos y sincero pesar a Colombia toda que pierde un hijo dilecto, un servidor incomparable, un ciudadano ejemplar.

Nuestra Facultad de Medicina de la Universidad Nacional siente en estos momentos de su vida hondamente la desaparición de este hijo venerado, que supo darle lustre desde los comienzos de sus actividades profesionales. Doctorado en Medicina en el año de 1884, sirvió su profesión con un espíritu de ética profesional, de eficiencia científica, timbre orgulloso de la más pulcra rectitud. Hombre

de actividades innumerables, dejó impreso el valor de su prestigio, afianzando siempre en la lealtad de las causas que defendía, exteriorizando por todas partes y en todos los campos, el concepto afirmativo de sus claras ideas de luchador sin desmayos, sin pliegues sinuosos ni acomodaticios, con un valor moral ejemplo en todo instante de su gran hombría.

Servidor de la patria, en el campo político ocupó los más altos puestos de relieve; ministro del despacho, miembro de las Cámaras, Gobernador del Departamento de Santander, en todas las horas cumplió con su deber y en momentos angustiosos de incertidumbre y desasosiego actuó severamente, sin odios ni rencores, vinculando su nombre a campañas de interés nacional muchas de las cuales hubo de defender tenazmente, sin dejar nunca en sus polémicas las nobles maneras del más cumplido señor.

Su vida profesional, meritoria desde sus comienzos, fué una ininterrumpida trayectoria ascensional que lo llevó hasta la Rectoría de nuestra Facultad. Espíritu investigador infatigable, laboró en los campos de la ciencia preocupándose constantemente por el adelanto de nuestra Medicina Nacional y por la solución de sus graves problemas sanitarios. Estudió el de la fiebre amarilla, publicando un valioso concepto que ha tenido siempre actualidad. Luego escribió sobre la Geografía médica colombiana, todo un texto de enseñanza de alto valor científico que representa el más grande esfuerzo hecho entre nosotros en este sentido y que debe servirnos de derrotero para preocuparnos seriamente por nuestra nacionalidad, dejando en plano secundario problemas de otra índole que no nos corresponden tan cerca y que indudablemente restan actividades a la solución de nuestros propios problemas.

Méritos personales indiscutibles llevaron bien pronto al doctor Cuervo Márquez a la carrera del profesorado. Tuve el honor de ser su discípulo en Clínica General y las enseñanzas del maestro grabáronse hondamente en mi espíritu. Docto en la exposición, certero en el concepto, hizo de su cátedra una tribuna del pensamiento científico, ya que nutría su inteligencia con los más modernos conocimientos de su época, fruto de asidua lectura admirablemente asimilada.

Llegó a la Rectoría de la Facultad de Medicina por un imperativo categórico de su propia personalidad científica. Como él bien decía, "a estas posiciones de responsabilidad no puede llegarse afian-



Doctor LUIS CUERVO MARQUEZ

zado en intrigas ni por simpatías afectivas. Debe ser por méritos conquistados limpiamente en lides espirituales alejadas de todo personalismo y donde el campo de lucha tenga por horizonte único el terreno intelectual, ajeno a sistemas reñidos con la pulcritud espiritual, que tan íntimamente unida debe estar a la profesión médica". Allí supo imprimir el doctor Cuervo Márquez la pulcra concepción de su espíritu: señorío y bondad guiaron sus pasos; preocupación constante por el progreso de nuestra Facultad; anhelo infinito de mejorar nuestra enseñanza; esfuerzo incesante por enaltecer el concepto del valor profesional; inquietud científica, realidad en el trabajo. Esto y mucho más distinguió su paso directivo por las Aulas Universitarias.

En agosto de 1931, en circular al Profesorado pidiendo su concepto sobre el informe de la Misión Francesa, con clara visión de nuestras necesidades y amplio criterio escribía: "No menos importante que el estudio por parte de los alumnos de las materias que forman el Pénsum de la Facultad, que es la base sobre la cual se pueden levantar las especialidades científicas, es el desarrollo del espíritu científico y de investigación, que debe existir en toda Facultad de Medicina que se inspire en el espíritu moderno y que sea digna de llevar ese nombre y de ser centro docente de los estudios médicos en Colombia. Para ello hay necesidad de modificar nuestros sistemas de Laboratorio y de enseñanza en muchas materias".

"La Facultad como organismo vivo que es, tiene que crecer y progresar, como lo ha venido haciendo desde su fundación. Solamente los que vivimos los primeros años de su existencia podemos darnos cuenta del camino recorrido y del abismo científico que hay entre lo que era la Escuela de Medicina en 1880 y lo que es hoy. La reforma que hoy implantemos será la continuación de las que han hecho su adelanto permanente, será un escalón más que recorreremos en su marcha ascensional y un punto de apoyo para las nuevas adquisiciones que la experiencia y la necesidad impondrán".

Bien claramente veía el ilustre Rector la necesidad imperiosa de abandonar la rutina en la enseñanza; de ahondar en la investigación y crear la inquietud científica, base segura de un progreso efectivo. Desde ese entonces el futuro de nuestra profesión médica

era obsesionante en su cerebro y miraba hacia las necesidades de la patria con clara visión de lo existente.

Porque en la hora actual de convulsionismo parecen intensificarse las urgencias colectivas de agudos problemas sociales. Se habla y se escribe sobre medicina social. Se reclama del Gobierno la inmediata creación de organismos que resuelvan complejas cuestiones sanitarias, que imperiosamente llaman la atención de los asociados, pero que también exigen riguroso estudio para resolverlas. Graves dilemas, de múltiples factores, que no pueden ser sabiamente dilucidados en el ambiente cerrado de las oficinas y que exigen conocimiento directo de los hechos y frente a los problemas mismos.

No es bastante contemplar en horizontes extraños problemas semejantes para luego dictaminar soluciones adecuadas; ni buscar en elementos extraños a nuestra nacionalidad el fin de nuestra necesidad, restando a nuestros propios valores el derecho adquirido para cooperar y ser nosotros mismos, los que con todo el apoyo necesario formemos la legión luchadora frente a nuestros problemas médicos.

Preciso es esforzarnos por corregir nuestros defectos para afianzar nuestros derechos y cumplir nuestros deberes. Especialmente en nuestra enseñanza médica la cooperación debe ser efectiva para el mejoramiento y la intensificación misma. Sabios maestros, tempranamente desaparecidos, nos dieron bello ejemplo de solidaridad para la defensa de intereses que nos son comunes, especialmente el del patrimonio espiritual que juramos defender y enaltecer.

Dentro de este plan todos los que hoy formamos el elemento médico del país, debemos estar listos a contribuir con nuestro aporte al mandato de ideales sagrados, que deben subsistir por encima de muchos conceptos absolutamente personales, y situarlos en el plano de interés colectivo que reclaman. De allí que la educación de la juventud debe tener por fundamento la formación moral del alumno, en la cual deben señalarse los conceptos de disciplina y decoro, fundamentos de la familia y de la sociedad.

En este sentido fué el profesor Cuervo Márquez un exponente genuino. Hidalguía inmaculada en todos sus actos acumularon en él las excelsitudes del caballero intachable, del colega íntegro, del maestro generoso. En él la trilogía humana del vigor físico, intelect-

tual y moral, fué una realidad perfecta hasta el último instante. Hace apenas dos meses, el 20 de junio de este año, en ocasión de evocar el recuerdo del Profesor Carlos Esguerra, otro varón ilustre desaparecido, el doctor Cuervo Márquez, pleno de vigor físico e intelectual, pero con el subconsciente avisando quizás su próximo fin, parecía darnos el anuncio de su cercana muerte al decir que también él pronto llegaría a la terminación de la jornada. ¡Quién lo creyera al verlo casi con el vigor de un joven de treinta años!

Y vernos en este momento en este lugar del último reposo, devolviendo a la tierra la semilla que ella misma hizo germinar esplendorosamente. Rendir tributo dolorido a este eximio varón que deja imperecedero recuerdo entre sus conciudadanos. Alma generosa que brindó siempre la hidalguía de su corazón, pregonando la estirpe de su sangre procerca, alimentada con ideales fecundos que son patrimonio perenne de su raza.

Dolorosa misión la nuestra de acompañar a la última morada a maestros tan caros a nuestro corazón, arrancar al afecto de todos sus amigos una existencia limpia, que agrupó en venerada admiración varias generaciones que lamentarán siempre la inesperada partida del maestro, quien no por ausente faltará al grito de llamada, vivo en el recuerdo de su obra, consagrado en el servicio de la patria, enaltecido en el corazón de sus amigos y grabado en el mármol seguro de la historia.

J. E. Cavelier